

1877

5

BIBLIOTECA NACIONAL

Sede Chile

9 (329-26)

[Redacted]

Biblioteca Nacional



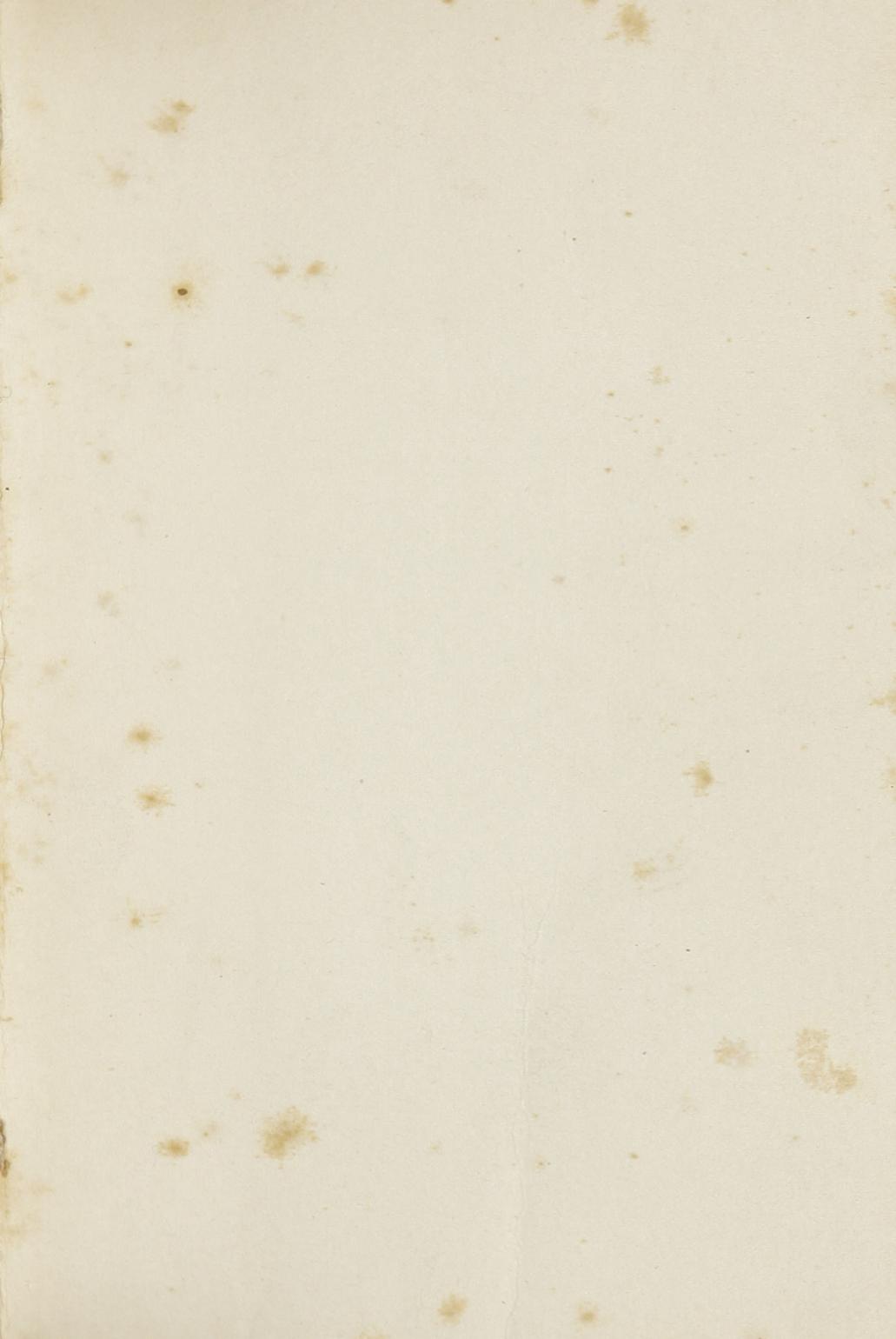
208664

9(329-26)



Miss Wilma Hunt.







Los Tres Cantos

DE LA MISMA AUTORA

Inquietudes Sentimentales, 1.^a y 2.^a ed. agotadas.

Los tres cantos.

EN PRENSA

Lo que no se ha dicho...

EN PREPARACIÓN

Cuentos para los hombres que son todavía niños.

En la quietud del mármol.

Cuentos macabros.

007-207
THÉRÈSE WILMS MONTT

LOS
TRES
CANTOS

2.ª EDICIÓN

BUENOS AIRES
BALDER MOEN, EDITOR
FLORIDA 431
1917

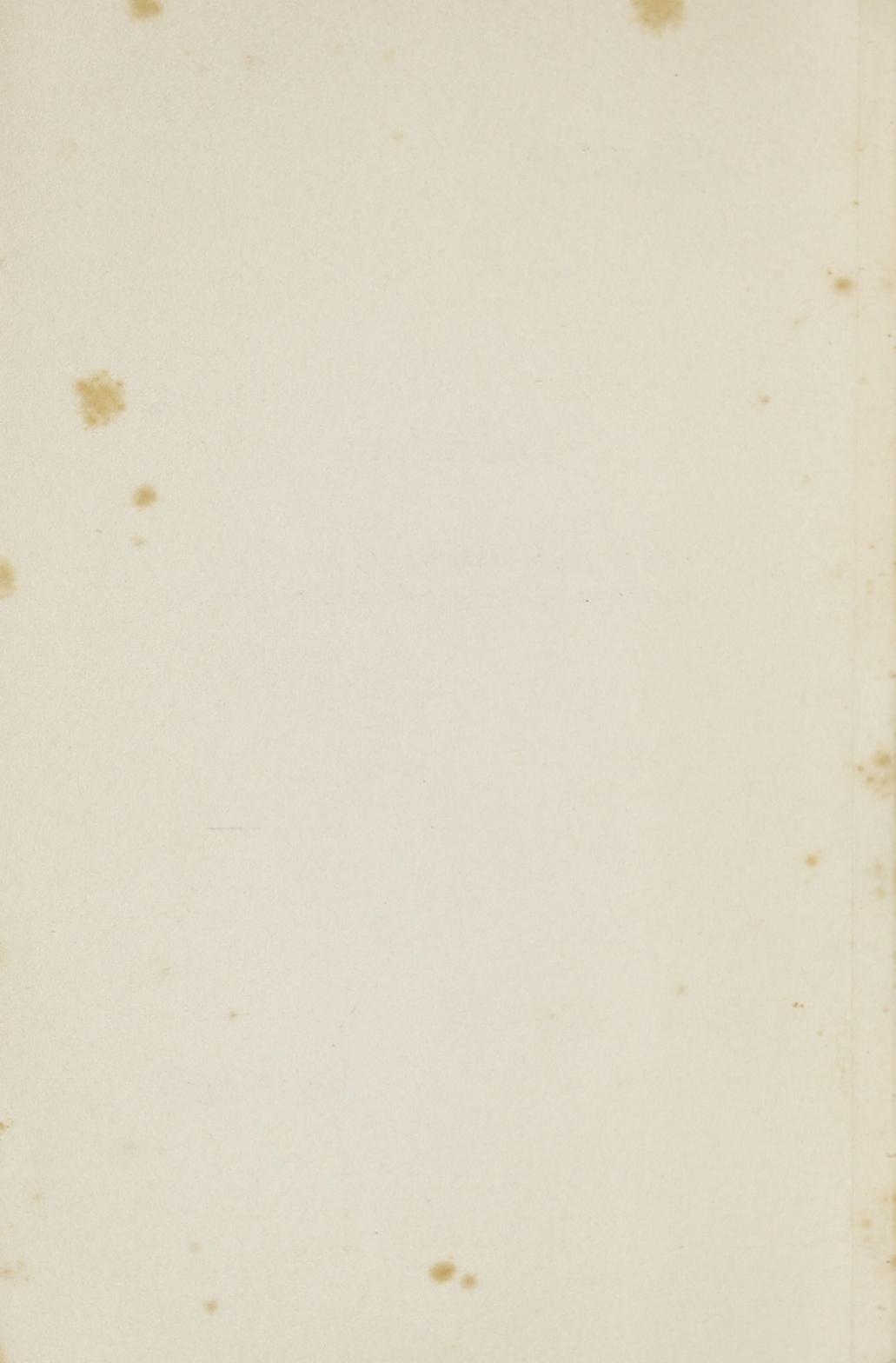




Dedicatoria

Para ti que te fuiste sin oír mis Cantos,
dejando un sollozo ahogado en mi garganta.





La Mañana







CANTA, alma mía; canta a la mañana!
¡Canta con los pájaros, con los
árboles, las flores y las aguas! ¡Canta con
el viento y la montaña, con el bosque y el
llano encendido por el sol, que se te ofrece
como un ánfora de oro desbordante de vida!

¡Canta, alma mía, con el grillo maravilla-
do de luz, que mora en la corteza de los
pinos y con la abeja ebria de perfume; canta
con el águila solitaria en la cúspide de las
rocas y con la hormiga laboriosa en las ca-
vidades de la tierra!

¡Canta con la mariposa de alas inquietas
como párpados de niño, y con el sapito ver-

de desde su trono de nenúfares en el espejo del estanque!

¡Canta con la res fecundada y la miés madura; con los frutos rosados, que se abren como labios jóvenes; canta con el tierno corderito de la majada y la madre feliz que lo ha parido!

¡Canta, alma mía, canta con el alma gemela; con la buena alma hermana que vibra, llora, y ríe en un solo impulso contigo!

¡Canta con el candor alegre de la franca sonrisa y con la mirada clara que refleja la serenidad de su dulce sentir!

¡Canta, alma mía, y tiende tus brazos al amor que llega desalado a refugiarse en tu seno; dale abrigo, alma mía, y estimula su creciente vigor!

¡Canta con las lágrimas de dicha que tiem-

blan y resbalan como gotas de rocío sobre los pétalos, y con el beso que se insinúa temeroso, recorriendo los velos del corazón para dar paso a una plena aurora de amor!

¡Canta, canta, con la vida, con las pasiones de fuego, con los deleites sanos; canta con la suprema gloria de los espasmos compartidos, y con las languideces que ponen en los ojos tonos de atardecer!

¡Canta, alma mía, y comunica a las cosas pasivas tu fuego; entrégales tu esencia, crea mundos, prodiga bellezas y bondades, hasta erigir un trono a la casta verdad!

¡Canta y atraviesa los espacios con tu voz musical e impón silencio a los pájaros para que escuchen la palabra del hombre sabio y fecundo!

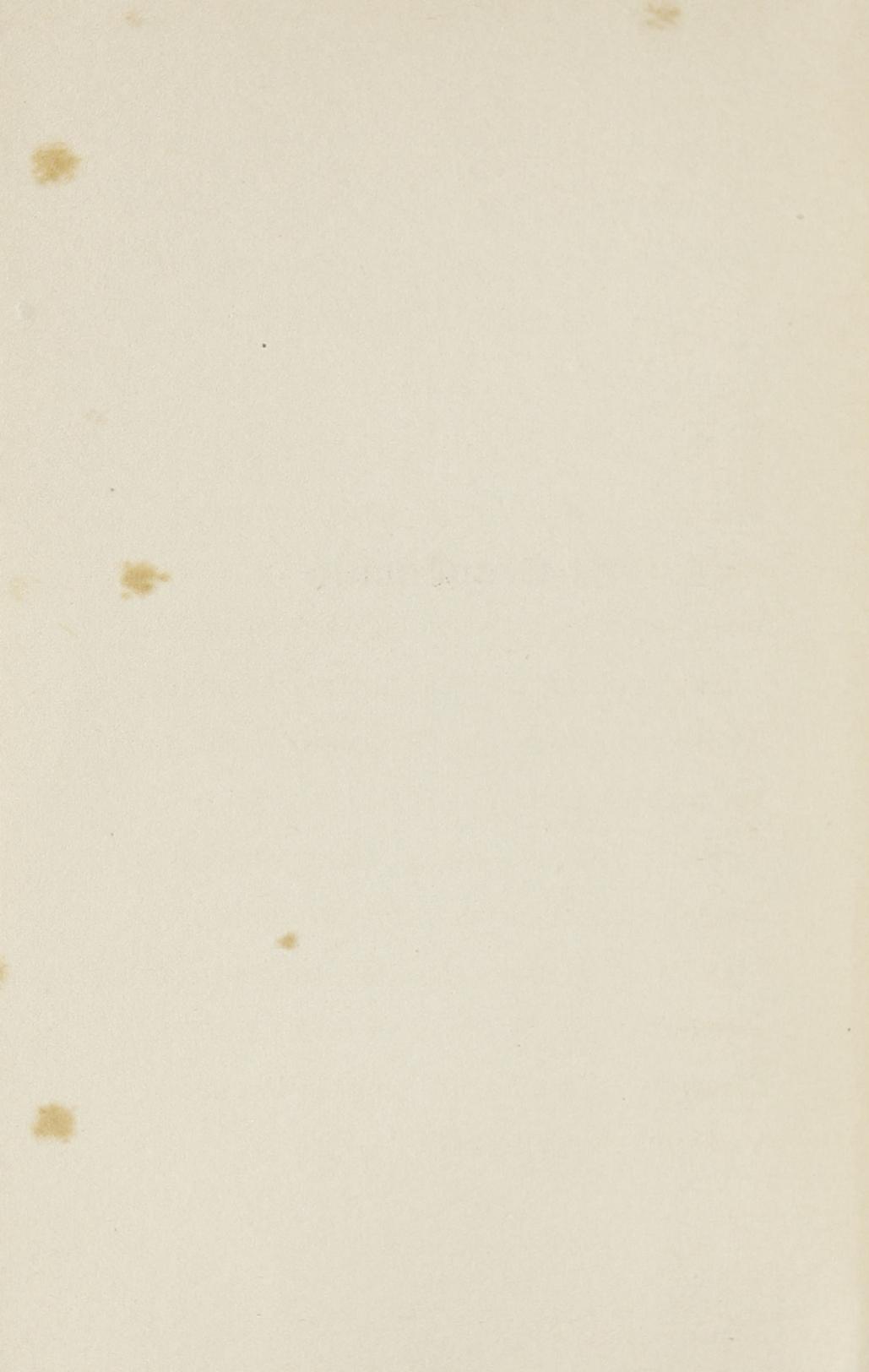
¡Canta, alma mía, canta y bébete de un

sorbo el néctar de la mañana; canta, alma mía, mientras el cielo azul y la campiña sean para ti una bacanal con cuya belleza puedas embriagarte!

¡Canta, alma mía, canta antes que cierre la noche y aúlle el lobo salvaje en la montaña!



El Crepúsculo





REZA, alma mía, reza! . . .

¡Reza con la tarde moribunda,
con la campana del claustro lejano que des-
parrama por los aires su quejido de metal!

¡Reza con la oveja descarriada y con los
árboles fervorosos, que inclinan hacia el lago
sus copas sombrías!

¡Reza, alma mía, con el pájaro sin nido y
con la pupila ciega del pozo abandonado!

¡Reza; reza con el camello exangüe en las
arenas del desierto y con el león herido en
las selvas; reza con los campos devastados
y las espigas sin grano!

¡Reza con el duelo del abismo y con la hoja desprendida!

¡Reza con la carreta sin ruedas, abandonada en la mitad del camino, y con la derruída cabaña que, como alma del paisaje, quedó aguardando al hombre!

¡Reza; reza, alma mía, con el huérfano y con el viejo mendigo; reza con las flores que recogen sus pétalos para morir, y con el sol que llorando oro va a esconderse en la montaña!

¡Reza, que en el horizonte se ciñe un anuncio de sangre y las nubes cargadas de odio van a encontrarse con la desgracia; reza y arrodíllate, alma mía, pide para que la paz reine entre los hombres y los elementos; que todos unidos por un mismo esfuerzo vayan serenos hacia el fin de las cosas y renazcan con mayor vigor y sabiduría!

Reza con los seres anónimos que dan sus energías y bondades sin pedir retribución ni honores, con el tembloroso anciano que inclina hacia la tierra su cabeza llevando en ella un espíritu primaveral!

¡Reza; reza, alma mía, con la pobre enamorada que para siempre vió dormirse en sus brazos al amado, reza con ella, que tuvo la feroz realidad de sentir impotente el poder de sus besos y de su amor para volverle el calor de la vida!

¡Reza con los corazones desgarrados que aúllan de dolor a las sombras, y tienen que reír con la luz del sol!

¡Reza; reza, alma mía, toca el polvo con tus sienes pensativas, conjura los malos augurios, alivia las amarguras y da tu esencia por las nobles y buenas causas!

¡Reza, que es la hora de los presagios, de las apariciones tétricas; la hora en que nace el destino de los hombres!

¡Reza contrita, alma mía; que llega el dolor!



Se va el sol, y de alas de mariposas muertas nacen flores para las tumbas.

Se va el sol. Desconsolada llega la noche, trayendo en su regazo el cadáver del día, pálido, frío, exangüe. . . Sañuda, la felina loba acecha a los corderillos, afilándose los dientes en la corteza de los añosos árboles, martirizando los hojas con sus feroces garras.

Se va el sol, y una música alejada de vientos y de cascadas lo acompaña hasta la montaña.

Los insectos rumorosos corren de un lado a otro, escondiéndose entre las malezas, evitando el último rayo del astro de oro.

Se va el sol. Las penas rondan el mundo
con caras hambrientas buscando corazones
para devorar.

Se va el sol, y la sonrisa del moribundo se
está grabando en la indeleble piedra de la
inmortalidad.

Se va el sol y el alma mía tiembla de pavor
en las tinieblas.



¡Naturaleza! El hermoso rostro de él se vuelve mustio y, como los cirios que se apagan, inclina su lánguida cabeza.

La voz, su alegre voz, se atenúa; ruedan las palabras y un eco cavernoso responde en el misterio.

Sus ojos, que guardan el encanto, la causa de mi vida, se entrecierran sin brillo y como luceros tristes me miran hondo, despidiéndose.

¡Naturaleza! ¿Pretendes, acaso, negar tu apoyo a esa grande alma y dejar que se precipite en el caos como una sombra?

Te cantaré, madre mía, te imploraré; pos-

trada besaré la tierra en prueba de humildad.

Dejaré que los hombres me miren con desprecio; aceptaré la mordedura de las víboras y el azote de sus viscosos miembros sobre mis espaldas.

Recibiré con gusto el castigo de los vientos helados que me penetrarán hasta la médula y que harán su guarida en mi cerebro.

Pediré a los rayos y a los truenos que sobre mi frente descarguen su furor.

Con llena voz imploraré al mar para que me envuelva en sus iracundas olas, y me haga libar hasta las heces su amargor.

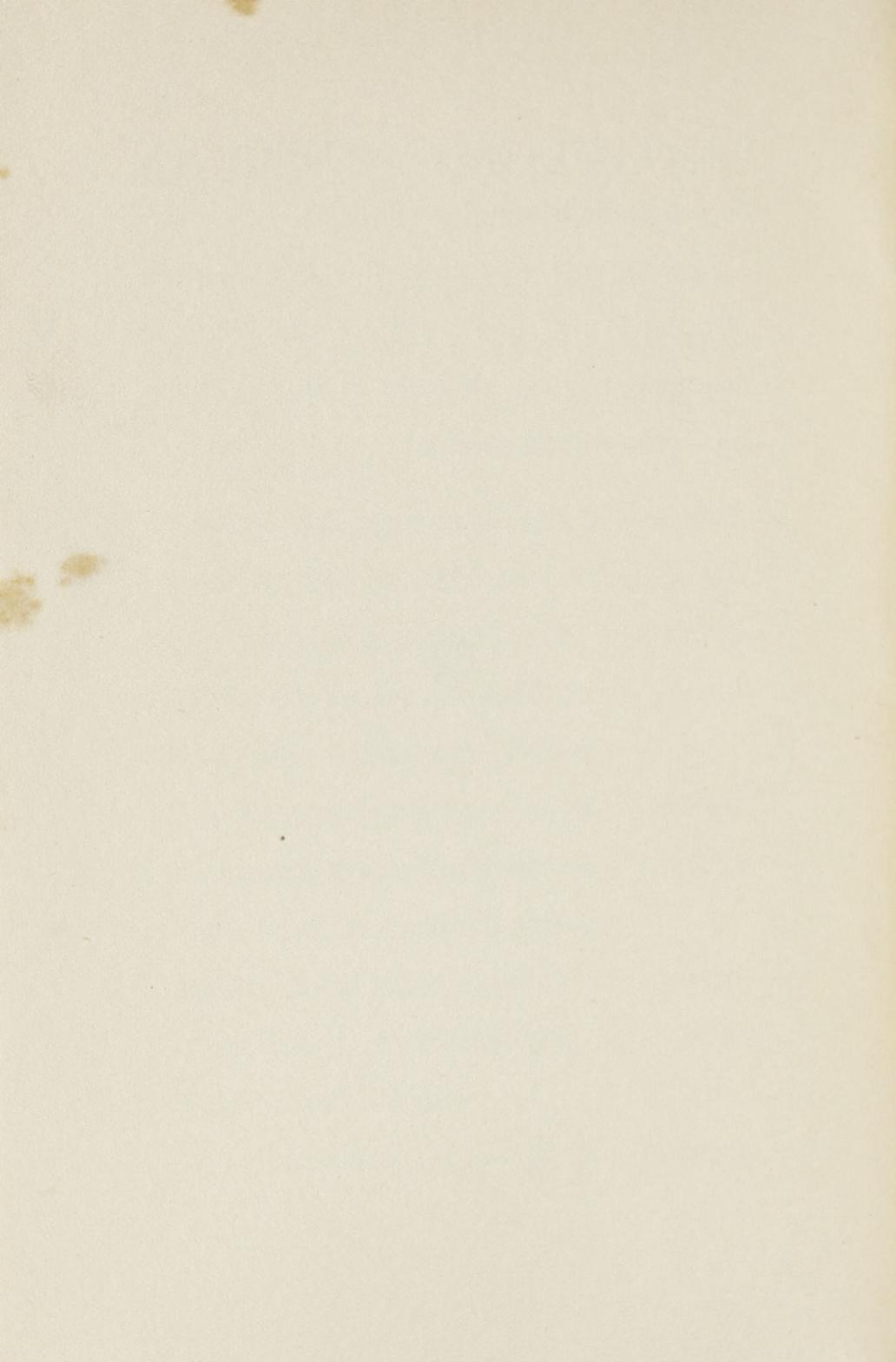
Dejará que el sol se ensañe con mi cuerpo y lo carbonice; seré resignado combustible para las llamas aviesas.

Renunciaré a mi conciencia, y seré bestia

humilde, con los ojos vueltos hacia la tierra,
en espera de horrendos martirios.

Seré un ente, una cosa, una brizna; pero
deja que él viva, que él respire, que reciba la
bendición augusta de todo lo que tú encie-
rras, ¡Naturaleza excelsa!





La Noche



LORA, alma mía, llora!

¡Llora con la noche desolada, llora con sus estrellas que son rutilantes lágrimas cristalinas de misterio! ¡Llora con la negra serenidad del paisaje y las heladas rocas en el horizonte esfumado; llora con el ave agorera en el enredo de los cipreses, y con la sierpe desencantada en el hueco de las montañas!

¡Llora, alma mía, con la angustia de los muertos olvidados, y con los restos náufragos donde habitó la vida!

¡Llora con el puente inservible, que sume en el agua la mitad de su cuerpo, y con la belleza tétrica de las estatuas mutiladas!

¡Llora, alma mía, con el mar bravío, que
emociona al cielo con su rugir salvaje, y llo-
ra con la cuna vacía!

¡Llora con el éxtasis de los lagos turbios
y con la mirada yerta de la lámpara apagada!

¡Llora con el alud de nieve que purifica el
llano y hace al hombre más bueno!

¡Llora con el paria, y con la mujer repu-
diada en su lecho de hospital!

¡Llora, alma mía, llora con la madre a quien
la brutalidad del hombre arrancó sus hijos
y la ha dejado sola en medio de la vida!

¡Llora, alma mía, con los que no tienen
consuelo, que, como muertos con alma, no
aguardan nada ni a nadie esperan!

¡Llora, que tu destino es el llanto!

¡Noche hermana! Pupila inconsolable que de tanto llorar has quedado ciega.

¡Oh, noche! Niobe del orbe. En tus brazos encuentro el sitio propicio para hundir mi cabeza henchida de sollozos. En tus sombras sigo yo, paso a paso, el destino de mi espíritu errante.

¡Oh, noche! Si de llorar te volviste sombra, las lágrimas que derramaste, piadosas de tu tristeza, se volvieron estrellas para iluminarte; pero las mías, ¡noche!, son como goterones de lava que van surcando mis ojeras y cavando lentamente la tumba de mis ilusiones.

En tu lobreguez despótica de reina inconsolable, encuentro un sentimiento hermano; y es ahí, en el terciopelo de la vestidura que arrastras, donde quisiera envolverme como en un cendal y quedarme dormida. Sí, quedarme dormida ¡oh, noche! cantando una canción de cuna, meciendo en mi alma a las dos criaturas que me arrancó la vida; cantando en mi alma al amor que me arrancó la muerte.



Madre de los vivos y de los muertos, ¡oh,
Naturaleza!

Cuida del dormido que sepultó en tus brazos su alma joven. Evita que los gusanos perforen sus ojos, que fueron astros de amor, y cuida de su boca tersa donde sonreía la vida; que en su rostro, con carnes de topacio, no se enseñoree la muerte y lo ponga lívido; cuida ¡oh, Naturaleza! para que un rayo de sol sea su eterno cirio y, atravesando las entrañas de la tierra, llegue a acariciarlo como una dicha; cuida que su cuerpo permanezca bello, que la negrura del misterio no maltrate su morbidez; que sus

manos, nidos de caricias y energías, queden frescas como tus plantas y tus flores; cuida de que sus pies, que siempre anduvieron de prisa en busca del bien, sean respetados como dos queridas reliquias, y cuida de su corazón, que fué el cofre donde encerró la vida la esencia de su belleza.

¡Naturaleza, mi Dios! De rodillas, junto a esta tumba amada, te imploro como una hija en agonía a su madre cariñosa. ¡Cuida de él! Cuida del que me dió la sensación de aurora en el frío ocaso de mis tristezas; cuida y no lo maltrates; en cambio toma de mí la juventud para alimento de tus roedores necropófagos, y la sangre de mis arterias, para que se embriaguen como en un rojo vino de olvido.

¡Naturaleza! Por el ruido de tu mar preferí el rugir de las pasiones; por la paz de tu llanura y la ondulación de tus montañas, las tortuosas inquietudes y las alturas de la farsa humana.

Troqué el canto de tus aves por las palabras halagadoras y engañosas, y por la luz de tu sol, los fuegos fatuos del siglo, que me hicieron caminar como una sonámbula errante.

¡Perdón, madre de mi juventud! Ahora, que llego a echarme en tu tierra, cansada de luchar, con los ojos ciegos por el llanto; ahora, que mi alma es un pájaro herido y sin

alas, vengo a implorarte que me recojas en tu seno.

Ven, muerte luminosa. Con santa piedad cierra mis párpados quemantes; sella mi boca para que cese de imprecicar; purifícala, como a Isaías el leño encendido; calma la fatiga de mi cuerpo, y con tu bálsamo de nieve alivia el dolor de mis pies mutilados.

Ven, muerte, y dame el supremo abrazo que hace majestuosa a la criatura miserable.

Ven, muerte, a libertar mi cuerpo de su yugo espiritual.

Quiero volver a la tierra, confundirme con el polvo, fecundar sus entrañas con mi sangre, y sentir sobre mi piel su noble caricia perfumada.

Quiero que penetre en mis huesos el agua

de los ríos, para que a ellos lleguen a refrescarse los gusanos.

He de ser la hierba humilde que embellece los campos, y la piedra donde reposa su cabeza el exhausto peregrino.

He de ser manantial donde vaya a apagar la sed el rebaño y donde se miren las nubes blancas, que van de prisa.

Mis brazos se levantarán, como gajos florecidos a bendecir el azul; mis piernas serán dos sólidas columnas que servirán de apoyo a las flores trepadoras; y mi cabeza, todavía gloriosa de pensamiento, se erguirá en forma de laurel que brinde ilusión y dulzura a las almas solitarias.

¡Ven, muerte!

Ansío sentir en las llagas del pecado la santidad de la tierra que me cubra. Que

mis ojos cansados de mirar horrores se diluyan en lágrimas eternas.

¡Ven, muerte, acúname en tus huesudos brazos; dame el beso del olvido!



Buscando la luz llegué hasta las tinieblas y allí la encontré; la encontré entre húmedas tumbas y sarcófagos, entre maderas podridas y agujereados plomos.

Me guió en el camino un grimillón de hormigas que en ordenada fila hacían sus paseos subterráneos, cargadas de hojitas y pétalos, que caen como migajas de un festín de recuerdo a los pies de los muertos.

Allí encontré la luz, la verdad y el amor.

El cielo se hace más frágil en el país de los dormidos; tiene tonalidades nacaradas que se ofrecen con humilde suavidad a las fosas, y en el sol hay menos deseo de irra-

diación, más pulcritud en su oro que en los campos, donde vuelve brillantes, como llamas avivadas por el viento, a las espigas maduras.

He escuchado la conversación de los que se fueron, que es un murmullo caricioso; y tengo envidia. ¡Hay tanta belleza en la sencillez y el frío!

Cada muerto es un bloque de nieve inmaculada que esparce su blanca serenidad como una hostia excelsa de perdón y olvido.

Cada muerto es una bondad honda, inmutable.

Cada muerto es un ejemplo de muda abnegación.

Allá, entre los muertos, encuentro mi espíritu, y es con ellos que él comparte sus graves ternuras.

Es con ellos que se siente fuerte, y es a ellos a quienes se entrega sin recelos, blandamente, como un devoto a su Dios.

Muertos míos; sublimes amados. Viviré entre vosotros; seré un dormido caprichoso sin sueño de hielo, pero con su glacial reposo.

Seré la madrecita de todos, que llegue cargados los brazos de flores, de esas flores que vosotros no podéis coger con vuestros rígidos dedos.

Seré la novia casta que os dé toda la intensidad de su virgen dolor entre lápidas y piedras.

Seré vuestro día, vuestro sol, vuestra noche de luna. ¡Oh, muertos míos! Nadie vendrá a disputarme este privilegio; los vivos tienen tanto por qué olvidaros en su lucha por los honores.

Ellos no saben que en vuestro país se halla la clave del enigma.

¡Muertos míos, muertos míos! Las ondas de mi mar interior se llenan, preñadas de dulzuras al borde de vuestros lechos.

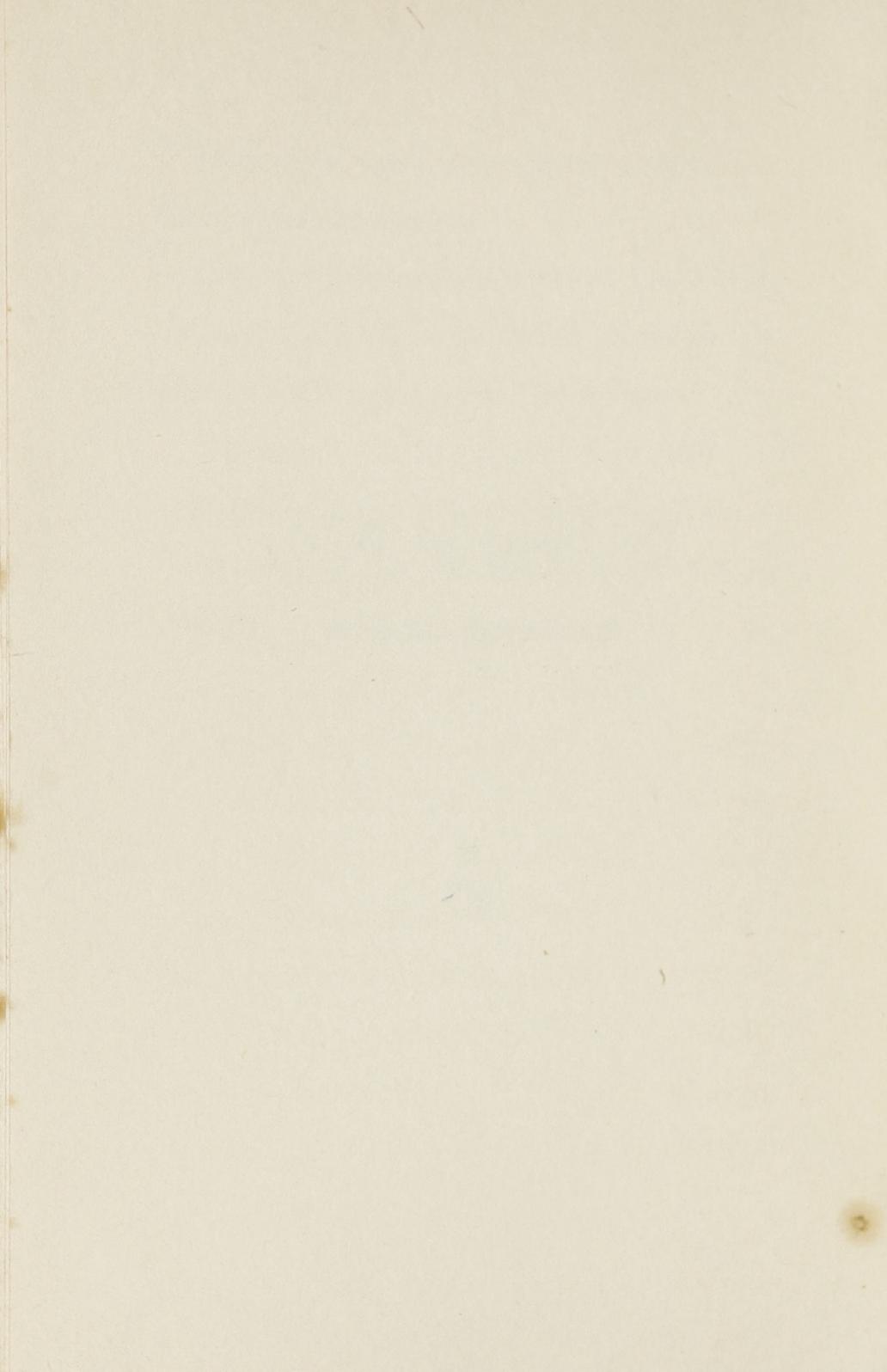
Soy buena, soy buena. ¡Benditos vosotros, que habéis hecho que yo me encontrara!

Bendito tú que me has purificado con tu muerte.



Del diario de Sylvia

(Prontes para una novela)



Mi Templo

En el altar de mi Templo hay tres retratos, muchas flores marchitas, unos zapatitos de niño y un libro cerrado.

En el altar de mi Templo hay una campana ronca que va señalando a mis pasos la eternidad; y un cofre de madera oscura donde encontró su lecho mi corazón.

En el altar de mi Templo hay tres nombres grabados, que son un suave milagro, que aflojan mis dedos apretados por la ira en un gesto de dádiva, que destierran de mi labio la maldición y hacen que una serena indul-

gencia consuele a los hombres en su miserable lucha por la vida.

En la cúspide de mi Templo están unidos en estrecho abrazo el Perdón y la Muerte.



I

Formando un cono gris uniforme, se levanta sobre el verde inquietante del mar una roca solitaria. Su picacho agreste, impenetrable y rígido, parece muñón petrificado que en soberbio ademán quedó maldiciendo la inmensidad.

A sus pies, las ensortijadas olas arrabiasdas, van a estrellarse; pero la altiva peana de piedra, inmutable ante la ira del mar, recibe gustosa la caricia de la espuma, que entra curioseando por sus hendiduras secretas produciéndole un escalofrío de nácar.

Es magnífica la vista que desde allí presenta el panorama: cielo y océano. Marcando una nota clara, se destaca al Este el balneario de V. . . con sus avenidas arcillosas, como hechas de una sola pieza de cobre, y sus cerros y laderas, cubiertos de verdura y flores que exhalan sobre el mar brisas perfumadas.

Semejando arcosolios, ídolos de actitudes hieráticas, los arrecifes que bordean la playa toman al atardecer, con el velo de las sombras, aspecto de lugar de aquelarre abandonado, de templos vetustos, de misteriosos arcanos, donde en tiempos muy remotos, almas fervorosas fueron a decir sus plegarias al dios del viento y de la tempestad, pidiendo protección para el náufrago exhausto y a merced de la tormenta.

Adheridas a las rocas, algas y plantas forman islotes y saturan el aire de una aromaticidad sana que abre los pulmones y hace desear el sol y la vida.

Sorprende la mirada del espectador el rojo vivo, el azul o el amarillo oro de los arriates, amorosamente cuidados, que engalanan los jardines de las villas y *chalets* edificados sobre la colina.

En dirección al puerto, una arboleda de eucaliptus balancea rítmicamente sus lánguidas ramas, y sus hojas largas, de tonos acedados, diríanse puñales fosforescentes.

Una hilera de acacias ha nevado de estrellas el camino que lleva a la vía férrea, y, como en los cuentos de hadas, la blanca casuca del guardavía parece hecha de dulces.

No hay en el mar buque, balandra ni em-

barcación alguna que distraiga la vista de la placidez esmeralda. Las olas se han vuelto tan mansas que, agonizadamente, van a lamer las arenas de la playa.

Es la hora del Angelus.

Aquerenciados con la roca, los torpes pulpos vuelven a sus guaridas crepusculares y quedan inmóviles, como gigantescas arañas violáceas, estirados sobre la piedra.

En adormilado vuelo, las gaviotas rozan apenas la superficie líquida con la punta de sus alas.

Ni un ruido humano se escucha; como si la vida se hubiese muerto con el paisaje en la falda de la montaña. Escrutando el horizonte el faro «Araucano», ha desplegado soberbiamente su cabellera de luz sobre las ondas. Y, heridas por la postrer mirada del

sol, las arreboladas nubes van dejando en el cielo un reguero de sangre.

Por el norte llega calladamente la noche.

Sylvia, en busca de quietud para sus largos soliloquios, se dirigió a la enhiesta roca.

Era su refugio en los momentos que, sintiéndose extraña entre los hombres, le venía morboso deseo de soledad, de gustar la charla tranquila de la naturaleza, y evocar los muertos.

Arriba ya, en el sólido pedestal que la elevaba sobre el mar y bajo el cielo, Sylvia, con voz sonora, palpitante de emoción contenida, exclamó:

«¡Oh, naturaleza! a veces siento que de mi pecho nacen alas pujantes, capaces de penetrar tu placidez; pero la vista de ese

mundo, donde hombres o sombras se agitan, imprecán, lloran, ríen, limitan el pensamiento y hacen que esas alas se plieguen doloridas.

«Sé que mi espíritu no es luz, que es sólo el cristal iluminado por el reflejo de tu belleza soberana.

«Aunque llevo la frente alta, mirando hacia arriba, valgo menos que una brizna, que una hoja crecida en el charco; porque ellas dan su vida en ofrenda a ti, y yo sólo sé desafiarte con mis ojos humanos, henchida de orgullo, creyendo que te domino; y sólo te veo como la hormiga a la luz del sol por el estrecho agujero de su morada subterránea.

«¡Oh, naturaleza! ¡Qué dolor es ser gusano y sufrir el tormento del infinito!»

Ceñida toda contra la roca, como si fuese un capricho de la piedra, Silvia cayó en meditación.

La noche se deslizaba cautelosamente por la montaña; avalanchas de sombras enlutaban el valle.

El cerro de la costa, como titán cansado de mirar al cielo, inclinaba hacia los hombres su rigidez severa.

Es la hora del alma. Sylvia, extendiendo los brazos en un ansia de alcanzar la intensa emoción de la tarde, bajó hacia el mar sus ojos, cegados de luz interior. Sus labios fervorosos pronunciaron una oración al océano.

«¡Tú, mar, divino instrumento de cuerdas vibrantes, demostración absoluta de la eternidad. Tú, mar, que eres el cancionero festi-

vo y el triste, que arrullas, que haces sufrir, que eres pérfido y sentimental.

«Tú, vengativo implacable, que sepultas en la enorme tumba de tus aguas el esfuerzo de los hombres, y en cambio te vuelves suave como una cuna y dejas que blandamente vayan a recrearse en tu superficie los pájaros de picos corvos y anchas alas.

«Tú, que llevas en el color el veneno que fascina al suicida y maravilla al solitario; tú, mago de las pupilas glaucas, que bebes toda la irradiación del sol, y enamoras a la luna, haciéndola bailar sobre tus ondas como una cortesana loca.

«¡Oh, mar! Tú que siempre hablas, que aconsejas, cuando los hombres se han callado cansados de buscar, de sufrir y luchar; tú, que eres siempre joven y eterno, que das

la vida y la muerte. Tú, que eres el supremo serenador de los espíritus y el instigador tormentoso del dolor.

«Tú, fuente del poeta, reflexión del sabio, asilo del triste, juguete del niño, tú serás mi esposo. Te seré fiel como el cielo y el sol, que siempre se miran en ti; como la perla, que sólo te abandona cuando la mano ambiciosa del hombre la arranca de tus fondos de oro. Seré tu esposa ¡oh, mar! y jamás novia alguna sentirá bajo el velo nupcial estremecimientos de emoción más hondos que los míos, cuando tú, glorioso amado, empenaches mi frente con tu blanca espuma.

«Embriagada de placer entregaré la juventud de mi cuerpo al amor de tus aguas, me dejaré llevar por ellas cual gaviota

confiada, y mi cabeza, como la de un caracol sonoro, estará llena de tu rugido amado.

«¡Oh, mar! Cuando sienta que mi boca cansada no pueda ya cantarte, me arrastraré hasta tus riberas, para que los hombres no te disputen el que será regio manjar para tus peces raros.

«Mi alma quedará en ti, será una barca en camino al infinito, será una flor enamorada de luz. Mi clamor se unirá al tuyo y será eterno».

La silueta de Sylvia se erguía blanca y tan frágil como humo de incienso. Su cabellera bronceada flotaba al viento, y sus ojos fulguraban como el reflejo de las estrellas sobre el mar.

Las campanas de la iglesia cercana anun-

ciaron a Sylvia que había terminado la «hora del alma».

Pensando que su obligación era vivir entre los hombres, con paso lento retornó a la casa de sus padres.



II

La plumilla azul de la enredadera cubre íntegramente la ventana. Al abrir los cristales inunda el antepecho, dejando caer de sus apretados racimos pétalos como lágrimas de zafiros sobre la alfombra. Por la maraña de hojas se filtran los rayos del sol moribundo, poniendo pinceladas rojas en los objetos del aposento y dibujando filigranas de oro en los espejos.

Tiene la tarde una suavidad como si manecitas de niños hubiesen formado el mundo, dejando, en la ondulación brumosa de

las montañas y en la extensa placidez del valle, todo el candor de sus almas blancas.

Flota en el ambiente la quietud propicia a la abstracción. Sólo se oye el bramido alontanado del mar, como encerrado entre peñascos de plata y, a intervalos, el rápido, penetrante chillido de una gaviota que cruza hendiendo los espacios, cual flecha lanzada por vigorosa mano.

En emanaciones cálidas sube del patio fresco olor a verdura recién cortada, unido al perfume de las rosas y al del tímido floripondio, que balancea sus inmensos copos blancos como vasos de alabastro, acariciando las rejas que circundan el jardín.

Duermen los «queltéhues»¹, arrebuja la cabeza en la blanda cuna de sus alas, guar-

¹ Así se llama, en cierto país de América, al pájaro que aquí se conoce con el nombre de «teru-teru».

dando rígida actitud, sosteniéndose en el frágil pie color de sangre.

Encantada del aire, la frondosa encina juega con sus ramas entrelazándolas amorosamente con intenciones nupciales.

Con la cabeza inclinada, el viejo jardinero cava de rodillas la tierra, echando lentamente hacia un lado las malezas y gusanillos que maltratan las plantas, molestado a veces por la insistencia de un gato negro que, enarcando el lomo, se entretiene en restregarse contra él.

La brisa hace llorar los rosales, que se desparraman en pétalos satinados sobre el césped.

Sylvia sueña y espera en el balcón; espera a su amado. Sus trenzas, cual sierpes de bronce dormidas, caen pesadamente sobre

las espaldas; y hay en sus ojos y en el candor de su boca que sonrío, la beatitud seráfica de los seres que viven ausentes de la tierra.

Su espíritu, sereno como el aire de la tarde, profundo como el pozo que refleja la luna en un triángulo del jardín, guarda un éxtasis.

« . . . Vivir con las cosas vírgenes que los seres vulgares no han penetrado; vivir plenamente en la belleza, guardando la castidad del pensamiento, buscando la excelsa magnitud que encierra el mundo hasta en sus gestos más pequeños.

« Vivir con el mar, con el cielo, con los árboles, los pájaros y los niños; vivir con la bondad del paisaje, con la superioridad resignada del animal.

« Vivir en eterna espera de un amado que no vendrá.

«¡Cuánta más intensidad hay en todo esto que en el cerebro del hombre, siempre limitado y miserable!»

Así pensaba Sylvia, y su oído atento a la música de la naturaleza, parecía deleitarse escuchando toda esa armonía desconocida para los profanos. Penetraba en su alma, cual efluvios de emoción, haciéndola estremecer como al follaje dormido los escalofríos que produce el viento de la tarde.

«Si los hombres supieran que en la castidad se halla la bondad, y que donde está la bondad está la ciencia y la sabiduría, la perfección y la serenidad; si supieran los hombres que lo sobrenatural es el país de las almas donde surge el flúido que comunica vida y esperanza, serían buenos.

«Buenos como las flores que regalan su color y su frescura al sol, porque con ello contribuyen al adorno de la naturaleza.

«Ser bueno y sufrir, porque así lo manda la vida. Pasar como un pájaro dejando sólo el recuerdo de su vuelo.»

Sylvia, oprimiéndose las sienes, miró hacia el horizonte y de todo su ser surgió esta exclamación:

«¡Cómo es posible que esta tarde sea mía, sólo mía, y que a mi alrededor nadie eleve la frente para recibir la savia que nos brinda del infinito esa enorme copa azul que fortalece y nutre el alma !

«El beso que te envió ¡oh, tierra! no manchará tu misterio ni romperá el velo de tu dulce virginidad.

«El beso que te envió será como una hoja

que canta, templada por el viento; será la devoción de mi ser a tu superioridad, porque eres mi maestra y mi madre, mi recreo y mi poesía».

El galopar de un caballo interrumpió a Sylvia en su soliloquio. Presentió a su amado, y su corazón de mujer tuvo un espasmo de sensualidad. ¡Era él, su ídolo! Él; se lo anunciaban su boca abierta a las caricias y sus manos crispadas, dispuestas al abrazo. ¡Era él! La luna sembraba de perlas el camino y vestía de sus rayos a las cosas inanimadas dándoles vida. Era él que venía, y su corazón, como pájaro cautivo, trataba de escapar de su pecho.

Allá abajo, en el estanque, los gnomos y las hadas hacían coro a los sapitos que rezaban el rosario.

El amado, sutilizado por los rayos de plata, como los caballeros de los sueños, saludaba bajo el balcón.

Sus miradas se cruzaron, y Sylvia, arrancando las cintas que ataban sus cabellos, las deslizó por las rejas del balcón hasta ponerlas en las manos de su príncipe.

¡Adiós! Hasta mañana — gritó él. Y el ruido metálico de los cascos del corcel perdióse en la avenida con cadencioso ritmo.

La luz blanca de la luna suavizaba el paisaje. El alma de Sylvia necesitaba meditar.

Cerróse la ventana, y las flores quedaron mirando a través de los cristales, como criaturas desconsoladas.



III

—Un beso.

—Sí, Eugenio.

Ella tendió sus labios, extasiada de amor, al esposo de sus sueños. Su cuerpo se estremecía en los varoniles brazos; ondas de sensualidad envolvían su talle hasta hacerla perder el sentido.

—Sí; toda tuya.

Él la estrechaba con el poder de dueño, y de rendido, porque poseía y era el esclavo.

Sus ojos azules, de terciopelo, se iban moribundos al placer, y sus labios sangrientos

de pasión bebían en los de ella el néctar de la vida, con el deleite de un ebrio.

—Mía, mía . . .

Sólo se oyó el crujir de las sedas y un leve quejido del lecho.

Una lucha de suspiros hizo detener a los pájaros en el balcón, que creían oír el llamado de sus hermanos, y las flores del jarrón bajaron sus cabecitas rojas de sublime rubor.

Los espejos se nublaron; las lámparas cerraron sus pupilas de luz, dejando entrar a la discreta noche.

—Ámame, amor mio. Toma mi vida.

—Tu vida, sí; tu vida con tu amor.

—Amor que es vida que triunfa, que pide, que exige; amor, felicidad, sueño, gloria . . .

—Morir como tú mueres, en mis brazos,

es nacer al placer, es nacer a la verdadera vida . . .

—Amor es el perfume que anestesia y hace olvidar la rutina dolorosa.

—Lo que tú me has dado, son los espasmos sublimes, son las languideces exquisitas del que agoniza inconsciente.

—Te amo . . .

—Y yo te adoro y te deseo. Jamás tuve, ni en sueños, un presentimiento de amor más hondo; jamás en mis delirios con el Sol un anuncio de aurora más plena.

.
Un beso se adurmió en los labios unidos de los jóvenes esposos; los fatigados cuerpos rodaron ensoñados sobre el lecho.

Allá, en la noche, un ruiseñor cobraba ce-

los a la luna con trinos de soprano, y la luna,
toda de plata, se daba a él con suavidades de
novia.



IV

La hora dió cuatro palmadas sobre las espaldas de la noche. Un gallo lanzó al aire pletórico cocorocó, cuyos ecos repercutieron en los confines de la oscuridad.

El alba invernal asomaba su faz cadavérica y lloraba hielo en los cuadrados de la ventana; mientras el lucero, muerto de frío, parecía arrebuajarse entre las brumas.

Ningún ruido humano rompía la tersa sábana del silencio; y era muy triste el tic que marcaba el ritmo en el palpitante corazón del reloj.

Sylvia pensaba, apoyada la cabeza en el sillón, dejando ir y venir su mano con acostumbrada cadencia, meciendo el cochecito donde dormían sus nenas.

La velada luz de la lámpara daba mayor intensidad al azul de sus ojeras y las sombras que ahuecaban sus mejillas, hacían resaltar los pómulos. Sus ojos no estaban cerrados: dos lucecitas metálicas como puntas de alfiler, brillaban en el fondo, clavándose con insistencia en la ventana.

Sylvia, absorta, pensaba en su interior. Eugenio, su esposo, no llegaba; no llegaría hasta las diez de la mañana, junto con los vendedores ambulantes, escandalizando al barrio con sus gritos de beodo y sus atropellos brutales.

Eugenio no llegaría, bien lo sabía ella; pe-

ro, sin embargo, lo esperaba con el secreto anhelo de que su abnegación pudiera devolverle su amor.

Dos años ya que sufría calladamente, y su resignada sumisión tenía mucho de las ocultas tempestades que preñan de negrura las nubes para estallar luego más violentas.

¿Acaso podía ella quejarse, ella que dejó todo por seguirlo en su vida inquieta y azarosa?

Sylvia estaba abandonada. Su cabeza juvenil, que la llevó a imaginar un porvenir tan lleno de amor, tuvo una realidad desgarradora. Sus sueños se deshicieron cual volutas de humo; se fueron sus encantos, dejando en su alma un surco de piedra, que no pudieron fertilizar las lágrimas.

Tenía dos hijas, dos ángeles que quisieron

ser criaturas para hacerle sentir el amor que amansa a las leonas, y humedece la mirada del criminal.

Sus hijas eran su baluarte.

¡Cuántas noches de sobresaltos, de soledad en ese nido donde faltaba siempre el padre! ¡Cuántos sollozos ahogados entre los blondos cabellos de sus nenas!

Sylvia recordaba, con honda desesperación, las ternuras de su padre que había imaginado para ella bellezas increadas. Recordaba la santa paz del hogar donde creció entre besos y flores, como ave inconsciente del peligro y la desgracia.

— ¡Oh! — se decía. — Si a los diez y seis años hubiera yo tenido la conciencia del bien y del mal; si yo hubiera presentido cuánto veneno encierra la vida, habría huído del

mundo refugiándome en mis sueños como en un claustro.

Los primeros gritos de los vendedores sacaron a Sylvia de su abstracción. Dirigiéndose entonces a la ventana, cerró las persianas, después de echar una larga mirada de desconsuelo al camino, por donde solía venir su esposo.

Acercándose a sus nenas, se cercioró si estaban bien dormidas y, al notar que una de las manecitas como palomito blanco reposaba fuera de la cobija, la besó con inmensa ternura, con precaución la cubrió dulcemente. Luego se dirigió a la cocina y con proligidad comenzó a preparar el desayuno de ellas.

Mientras sus manos iban de un sitio a otro, su boca sonreía amorosamente.

Pensaba en la carita sonrosada, en los inmensos ojos azules que brillaban como estrellas, en las boquitas ávidas, golosas, que ponían las chiquitas al despertar.

— ¡Qué lindas son! — se decía —; y cómo refresca mi corazón la tibieza de sus brazos en mi cuello.

Cuando ríen, su reír me muestra algo del cielo, y cuando hablan, ¿habrá música en la tierra que imite la deliciosa armonía de su voz?

« Dame los *papos mamá* », dice Mariíta, y sus piecitos impacientes se mueven como pájaros rosados, locos por volar. « *Ayeta más, Ayeta más; ligerito pé* », dice Lucita.

¡Qué belleza, Dios mío, qué belleza incomparable nos regalas en las criaturas, y

cómo la frente tiene necesidad de inclinarse para adorarte en ellas!

Sylvia, olvidando por un momento los afanes y ya contenta de vivir, se dirigió al dormitorio. Mariíta y Luz dormían todavía; pero su sueño era ligero; se notaba en el temblor de los párpados, tan imperceptible como el de los capullos cuando van a abrirse, y en la ondulación de las cabecitas, todavía ensoñadas.

Un día gris acero se ceñía a las techumbres, dejando en los zincs y en los campanarios un vapor húmedo.

De todas partes surgían voces de hombres, mujeres y niños que pregonaban sus mercancías y los diarios de la mañana. Ese clamoreo de vida entraba como gigantesca ola en la ciudad, despertando a los habitantes

que habían reposado con la conciencia y el corazón tranquilos.

Eugenio no llegó.

Rendida por el sueño y la fatiga, Sylvia se quedó dormida, vestida sobre la cama, arrullada por el parloteo de sus hijas.

El reloj de la iglesia dió las ocho.



V

Mis hijas duermen; ¡pobrecitas!

Me he acercado a la cuna poniendo todo mi amor en los ojos, apagando el ardor de mi corazón, para no despertarlas con su latido.

Las he visto y las he sentido dormir.

El sueño es el ala misteriosa donde se acoge el alma para reposar de la vida.

El sueño es la aurora de la muerte.

Mis hijas, dormidas como pájaros entre plumas y rasos, tienen la dulzura de los claveles frescos.

Mis hijas, con sus largas pestañas que

sombreadan sus ojeras, dándoles aspectos graves, me muestran la seriedad y la experiencia de los siglos.

Mis hijas, con sus bocas entreabiertas por la respiración tranquila, son la realidad del poema « Vida ».

Mis hijas dormidas en lánguidos éxtasis, jugando en sueños con sus blancas muñecas, son la albura casta y profunda de mi espíritu.

Al acercarme a sus cunas soy un alma tierna y buena; me olvido de la pena, se endulza mi amargura, y mis lágrimas de despecho se encienden como diamantes al sol.

Las cabezas de mis hijas dormidas son dos vasos místicos, desbordantes de bálsamo que se desparrama sobre mi herida de hastío y la restaña.

Y sus manos, raros caprichos de luna sobre lirios, me enseñan la indulgencia y el perdón.

Mis hijas me dan la sensación de tibieza que anima mi sangre y mi alma a una sinfonía de alegres esperanzas.

Mis hijas duermen.

¡Dormid, criaturas adoradas!

La madre vela vuestros sueños con santa serenidad.

Extraeré de vuestros destinos el veneno, atrayendo para mi corazón todos los pesares.

Mis manos arrancarán las piedras del camino; y en una plegaria de inmenso amor haré que la Naturaleza las convierta en flores.

Con mis pies quebraré las púas de las espinas, y cuando vosotras recorráis la ruta

que lleva a la muerte, iréis pisando blando sobre mi sangre, como en un césped cariñoso.

¡Dormid, hijas mías!

Para reposo de mi espíritu, quisiera transformar vuestras vidas en un eterno sueño.



VI

Un vendaval feroz ha arrasado con mi vida: me lo ha quitado todo; me ha dejado sola.

En pos de locos sueños, para olvidar la realidad descarnada, he tropezado con el lobo que bajaba de la montaña y me ha comido el corazón

Sylvia sentada a los pies de la Superiora de C., en el jardincito rústico del convento, trataba de coordinar sus ideas.

Sus quejas sólo eran interrumpidas por el clamor de una campana, llamando a los fieles, y por el rítmico volar de alguna mística paloma que abandonaba su nido hecho en los agujeros donde estuvieron las durmientes del claustro.

—Sí, madre mía — decía Sylvia. — Estoy sola, y si no hubiera encontrado en su regazo un asilo para mi cabeza dolorida, me habría muerto recostada en el borde de cualquier camino que llevase al infinito.

¡ Mis hijas, madre !

Mis hijas, a quienes no tengo ni el alivio de ver a través de las rejas.

Jamás pensé, ni en mis noches de mayor sufrimiento, que tendría que soportar un dolor tan fuerte.

Hace mucho tiempo que todo lo dí por

perdido, ya que habían fracasado espantosamente mis ilusiones; pero a ellas ¡jamás, madre mía!

¡Cómo imaginar que me arrancasen las entrañas y quedase viva!

¡Cómo pensar que esas hijas de mi sangre, de mi alma, de mis sacrificios, fuesen para otros, para los extraños, que no las merecen ni pueden comprenderlas!

¡Madre, madre mía!

Quiero mis hijas, mis chiquitas adoradas junto a mi corazón.

La madre C. miraba a Silvia con infinita dulzura, y una lágrima de piadosa conmiseración nubló sus ojos serenos.

¡Qué lejos estaba ella de las pasiones del mundo, a los pies de su Amo, del Cristo!; pero qué bien las comprendía.

Con voz grave, dijo:

—Espera en Dios, hija mía, Él todo lo remedia.

Él, muchas veces suele poner en las almas elegidas de su amor, los mayores tormentos, sólo para probarlas, para saber hasta qué punto pueden resignarse.

Tú eres un alma preferida; mi Dios te quiere para algo muy grande.

Sylvia absorta en su desesperación, miraba al cielo con sus ojos idos.

No comprendía nada.

¡Cómo era posible que existiese un Dios, y permitiera tantas y tantas aberraciones!

¡Cómo era posible!—y Sylvia, sacudiendo los hombros en un enérgico ademán de despecho, dijo:

—Para Vd., madre, sí hay Dios. Vive Vd.

tranquila y lo ha encontrado en la felicidad inmutable de este claustro. Para mí no hay Dios; lo he buscado donde debe de estar, que es al lado de los que luchan en medio de las pasiones, de las ansias y miserias. Cuántas veces me eché de rodillas al lado de mis hijas y en desesperado fervor lo invocaba pidiendo su protección; que velara sobre mi hogar que amenazaba derrumbarse; que me devolviera el amor de Eugenio; que me protegiera contra las tentaciones que yo ¡ay, tan joven! no podía evitar.

Pero nada, madre mía. Ese Dios debe ser de piedra porque no penetran en su corazón los dolores del mundo.

—Silencio, hija mía — interrumpió la Superiora. — No te permito que blasfemes. El manso Cordero vino a dar su sangre por

nosotros, siendo Él el rey de la creación; y tú, pobre mortal, ¿no puedes ofrendarle tus pasajeros dolores sin imprecicar? Paciencia, Sylvia; ten fé.

Y la suave Superiora, tomó la cabeza de Sylvia entre sus manos, la quitó con blandura de sus faldas y se levantó: iba a orar ante ese Dios por esta alma torturada.

Sus pasos de terciopelo se perdieron en el jardín, con raro vaivén de mariposa. Los hábitos negros volaban con la brisa, acariciando a su paso las molduras y los arbustos.

Sylvia quedó sola. Comenzaba a oscurecer.

La grave campana de bronce dió las seis.

Un desfile de hábitos oscuros cruzó como sombras el largo corredor; y el metálico sonido de los rosarios iba desgranándose como cuentas de oro en el silencio de la tarde.

Sylvia cerró los ojos y vió ante ella su porvenir.

Un sudor frío empapó sus sienes.

Jamás se dió mejor cuenta de la realidad.

Lo había perdido todo y su destino era morir entre ídolos de bronce y de cera, sin otra música que el melancólico tañido de las campanas claustrales.

¡No! — gritó — ¡no! — y de su pecho se escapó un aullido de pantera.

—Estoy abandonada — se dijo —; pero yo me basto. ¡Sylvia, a vivir la vida, a escuchar por primera vez lo que te dice de ti tu propio corazón!

Y mirando a lo alto, con sus manos extendidas, como una pitonisa de los tiempos muertos, imploró la protección de su Madre Naturaleza.

VII

Un crepúsculo desteñido amortaja mi ventana.

Las casas sufren el azote gris de la tristeza; y las gentes vagan por las calles agobiadas por un mal incomprensible.

Miro al infinito, y mi alma sondea el misterio.
¡Qué soledad dentro de mí!

Y en mi exterior, ¡qué frío es todo lo que me rodea!

Mi alcoba, desmantelada, tiene el hastío de mi vivir, el desprecio grave de quien no ama la vida.

En este mundo somos huérfanos de amor
mi ser y mis cosas.

Mis pobres retratos, tan lejanos como yo
de afectos.

Mis frascos que hace tanto tiempo perdieron el perfume, mis vasos que esperan con sus bocas ávidas el tallo de una flor, y mis libros con sus páginas cerradas como labios bajo las tumbas.

¡Qué huérfanos mudos somos mis cosas
y yo!

¡Qué extraña y honda tristeza padecemos!

Sombrío mundo de misteriosas congojas;
silencio de las cosas que han enmudecido y
que es más imponente que el de las cosas
muertas.

¡Silencio, silencio!, necesito de ti para gustar de las bellezas; ¡cuán frívolas son las

demostraciones en palabras, y cuánto vulgarizan y ahuyentan la inspiración!

El paisaje oscurecido me muestra raros fantasmas en el horizonte, como seres sin alma en un mar muerto.

La noche cae sobre mi ventana pesadamente, como una bacante ebria.



VIII

En mi alma hay dos cunas vacías, dos cunas heladas que no pueden entibiarse ni al calor de mis besos, ni al desesperado desconsuelo de mi llanto.

Dos cunas graves como féretros, como cavidades de mármol blanco.

En mi alma hay dos puertas cerradas como dos montañas de roca, las cuales no pueden abrir mis manos, aunque se quiebren los huesos y se desgarre la piel.

Son dos puertas lacradas por la voluntad del Destino.

En mí hay una mística tristeza que ahonda hasta el infinito, como puñal de terciopelo, que asesinara todas mis quimeras.

Hay en mi alma un pozo muerto, donde no se refleja el sol, y del que huyen los pájaros con terrores de virgen ante un misterio de cadáveres.

Mi alma es un palacio de piedra, donde habitan los ausentes, trayéndome la sombra de sus cuerpos para alivio y compañía de mi vida.

Mi alma es un campo devastado donde el rayo quemó hasta las raíces, y donde no puede florecer ni el cardo.

Mi alma es una huérfana loca, que anda de tumba en tumba buscando el amor de los muertos.

Mi alma es una flecha de oro perdida en un charco de fango.

Mi alma, mi pobre alma, es una ciega que
marcha a tientas sin apoyo y sin guía.

Mi alma es una muerta errante; es el
fantasma de la pena.

FIN



SECCION CHILENA



